

Amor y matrimonio. Un camino hacia la felicidad.

17.03.06

Catedral de Terrassa.

1. Felicidad.
2. Amor.
3. Matrimonio.
4. Íntegro.
5. Leal.
6. Ilimitado.
7. Auténtico.

1. Felicidad.

En la introducción de su libro *Covenanted happiness*, Cormack Burke se pregunta sobre el **progreso**: y ciertamente, se contesta, progresan las técnicas de guerra, las comunicaciones, la velocidad de desplazamiento interplanetario..., pero todos estos indudables avances, ¿hacen progresar al hombre?

No se puede responder a esta cuestión sin **asignar una meta al hombre**, pues sin un objetivo, sin una dirección hacia la que enderezarse no es posible saber si se avanza o se retrocede. Sin meta, hay **movimiento, no progreso**; al barco que no tiene a donde ir todos los vientos le son contrarios.

¿Y cuál es la meta del hombre? ¿Adónde se dirige? Sabiendo esto, podremos saber si avanza en esa dirección.

Probablemente, todos estaríamos de acuerdo en señalar la **felicidad como la meta del hombre**, todos queremos ser felices, todos buscamos la felicidad; pero más difícil sería admitir que los adelantos que he puesto como ejemplo (técnicas de guerra, comunicación, velocidad) **contribuyan esencialmente a ese fin**; si así fuera, los hombres serían hoy mucho más felices que hace sesenta, doscientos o dos mil años, y no es ésa la percepción que se tiene.

En esto de la felicidad hay un **error muy común**: mucha gente piensa que se alcanza siguiendo las **normas** que ellos mismos deciden **de modo arbitrario**. Dicen: viviré el momento a tope y haré lo que me apetezca, así

seré feliz, sin llegar a preguntarse quién es el hombre, quiénes son ellos, **cuál es su naturaleza** y sus reglas de funcionamiento.

Después, claro, vienen con la **exigencia de un derecho a ser feliz**, lo cual resulta tan inocente como tirarse de un edificio de veinte pisos exigiendo el derecho a un feliz aterrizaje. Otros, sigue explicando Burke, están enfadados con la vida, **sus reglas les fastidian** y deciden tirar por la vía de en medio, asemejándose a un motorista que decidiera hacer caso omiso de las curvas que la carretera describe y decidiera ir siempre en dirección recta para acabar empotrado en la primera pared o despeñado en el primer cortado. Así sucede a quienes exigen ser felices con la **bebida o el sexo**, acabando irremisiblemente en la adicción.

La vida tiene sus reglas y el hombre su condición. La verdad existe y el modo de ser feliz consiste en descubrir unas y otra, respetarlas y sublimarlas con nuestra conducta. Es decir, ser lo que somos y obrar conforme a lo que somos.

Pocos días después de la elección de Benedicto XVI tuve ocasión de asistir con otros matrimonios a una tertulia para escuchar a un **profesor de bioética** de una universidad romana que había convivido muchas horas con el Cardenal Ratzinger. Surgió, cómo no, la cuestión del relativismo, que el recién elegido Papa había puesto sobre el tapete, y el profesor nos explicó con maestría el núcleo de la cuestión.

El error del **relativismo**, y de buena parte de las ideologías (materialismo, individualismo, ideología de género...), dijo recordando las enseñanzas de la *Veritatis Splendor*, consiste en **separar la libertad de la verdad**, emancipar la libertad de la realidad. Y lo ilustró con una imagen que solía utilizar con sus alumnos.

Imaginaos, dijo, una **plancha de vapor moderna**, construida con los más sofisticados adelantos técnicos, informáticos y electrónicos, tan perfecta que tuviera conciencia de sí misma y, además, gozara de un amplio margen de **libertad para decidir su conducta**.

Viéndose tan espléndidamente dotada, nuestra plancha comenzó a pensar que **eso de planchar era poco para ella**. En vano se empeñaba el fabricante en poner ante sus ojos su verdad, tan bien descrita en el manual de instrucciones. La plancha se veía tan poderosa, era tal el calor que despedía, tanta la fuerza del vapor que expelía que no acababa de comprender ese empeño en destinarla una y otra vez a planchar. ¡Una plancha como ella planchando!

Se sentía capaz de mucho más... y **decidió montar una hamburguesería**. ¿Por qué no? ¿Por qué hacer caso a los agoreros de siempre que le recordaban su naturaleza de plancha? ¡Sus hamburguesas serían inigualables! Con su intenso calor las tostaría por fuera, y con el vapor de sus espitas esponjaría la carne del interior y conseguiría lo que ni el mejor cocinero habría podido lograr jamás: ¡calentaría el corazón de la hamburguesa sin cocerla! ¡Carne roja, esponjosa y caliente! ¡Lo nunca visto! Sin duda, éste era su destino: lo sentía, lo podía palpar. *¡Pobre fabricante*, pensó, *qué poco sabía de lo que era capaz su propia criatura!*

Montó la hamburguesería y, en efecto, tuvo un éxito espectacular: sus hamburguesas no tenían igual y no daba abasto con las órdenes de los camareros. Sin embargo, **tras las primeras semanas** empezó a notar algún pinchazo en el costado derecho..., después en el izquierdo; más tarde se obturaron dos de sus orificios y, al poco, dos más; lo peor llegó cuando su corazón comenzó a chisporrotear: la grasa de las hamburguesas se había ido colando por todos los intersticios, adhiriéndose tozudamente a sus conexiones..., de pronto, sintió un dolor agudo, seguido de una fuerte convulsión... y **se apagó para siempre**.

El **subjetivismo, el relativismo** nos llevan a nosotros mismos; sólo la **verdad** nos lleva a la felicidad, que es nuestra plenitud; y la verdad del hombre se llama amor.

2. Amor.

Para entender el amor hay que partir de una mínima aproximación a la noción de persona.

La diferencia más acusada entre una persona y un animal consiste en que ser persona comporta ser **dueña de sí misma** en un doble sentido: (i) soy dueño de **mis propios actos** mediante la inteligencia y la voluntad y domino, hasta cierto punto, el curso de mi propia vida; y (ii) **mi propio ser me pertenece**. (Hervada)

El **animal** ni controla su propia vida ni se pertenece, no es más que un individuo de la especie, un préstamo biológico. Por eso el **tigre** que mata no es un asesino y el **águila** que roba su presa a un jabalí no es una ladrona, porque no son dueños de sí ni de sus actos y reaccionan igual ante idénticos estímulos. (Hervada)

Ahora bien, ese **señorío de sí** lo tiene el hombre **para algo**, por alguna razón; y aquí está **lo conclusivo**, lo que en verdad y radicalmente nos distingue de los animales: la **capacidad** de **desentenderse** de nosotros mismos, de ponernos entre paréntesis para atender a los demás, **de amar**, en definitiva.

“El núcleo de todo el argumento podría esclarecerse del siguiente modo: las **realidades infrapersonales** —un animal, una planta— tienen tan poca entidad, son tan poca cosa, que **todas sus actividades** tienen que encaminarlas **a mantenerse en el ser**, a asegurar esa tenue realidad que las constituye. De ahí la importancia capital, decisiva entre ellas, de lo que hoy conocemos como principio o instinto de conservación. La **persona**, por el contrario, **demuestra su preeminencia**, su mayor rango en el ser, porque puede desentenderse, **olvidarse de sí misma**, y volcar toda su energía configuradora hacia la afirmación de aquellos que la rodean. Porque *es* mucho, podríamos explicar, no necesita ya ocuparse de sí misma, puede ponerse entre paréntesis y atender así al perfeccionamiento de los otros.” (Tomás Melendo: La Hora de la Familia, pág. 25)

“El **animal**, por poner el ejemplo más cercano a nosotros, resulta **constitutivamente ‘egoísta’** (...) El hombre, por el contrario, se eleva infinitamente por encima de la naturaleza infrapersonal (...) cuando el sujeto humano responde a esa tendencia hacia la construcción del bien ajeno, refuerza su índole personal y, con ella, su singularidad estricta, su carácter de absoluto: se torna irreemplazable. Por el contrario, **al centrarse en sí mismo el hombre se asimila a los animales y a las plantas** y, en consecuencia, se resta singularidad: se transforma, habría que decir, en un simple exponente de una especie, eliminando su condición de ‘singular’ por excelencia, según la categoría que acuñara Kierkegaard (den Enkelte).” (Ibidem., pág. 75)

No hay oposición con el deber de **amarnos a nosotros mismos**, pues, si lo conclusivo de nuestra naturaleza consiste en amar, **cuanto más amamos a los demás, más nos amamos** a nosotros mismos, pues nuestra perfección y mejora personal pasa por entregarnos a los demás. La **ecuación correcta** no es “he de entregarme a los demás para ser mejor persona, sino he de ser mejor persona para poder entregarme más a los demás”.

El amor de sí necesita, para realizarse plenamente, el olvido de sí, porque solo si amamos a los demás de manera profunda y sacrificada nos amamos realmente a nosotros mismos. En otras palabras, **amarse demasiado en el sentido de estar centrado en la propia vida es amarse poco** porque, en frase brillante del Concilio Vaticano II, ‘el hombre no puede encontrar su

propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás” (288)

Entonces, si la felicidad consiste en respetar mi verdad y empeñarme en ser todo lo que soy capaz y mi ser más profundo consiste en amar, **en la medida en que ame, seré feliz.**

Y surge otra aporía: **¿es el matrimonio un camino hacia la felicidad?** Lo es, a condición de que respetemos la naturaleza del amor matrimonial.

Matrimonio...

... y felicidad.

Me parece que, a estas alturas, podemos ya **salir al paso** de uno de los errores más extendidos acerca del matrimonio: **casarse para ser feliz**. Naturalmente, hay que buscar la felicidad en el matrimonio, pero la felicidad sólo la alcanzaremos si nos casamos **para hacer feliz** a nuestro cónyuge, porque, entonces, olvidándonos de nosotros mismos, lograremos encontrarnos.

“*Curiosamente, la puerta de la felicidad no se abre hacia dentro*”; quien se empeña en empujar en ese sentido sólo consigue cerrarla con más fuerza; “*la puerta de la felicidad se abre hacia fuera*”, hacia los otros (Soren Kierkegaard / Tomás Melendo). Empeñarse en la propia felicidad es billete seguro a la frustración, a la depresión.

La felicidad, explica Carlos Cardona, es como el **sueño en una noche de insomnio**: cuanto más se concentra uno en aprehenderlo, más esquivo se hace. Sin embargo, si uno se olvida, se levanta, lee..., entonces, es más probable que el sueño acuda. La felicidad igual: uno no va al matrimonio para ser feliz, sino para hacer feliz, y es entonces cuando encuentra la felicidad, porque a nadie se le oculta que si la única o la primera felicidad que buscamos es la nuestra, no amamos al otro, sino a nosotros mismos, cosa, por otra parte, bastante natural. Amar a los demás requiere esfuerzo. Pero es un esfuerzo muy bien remunerado: **olvidarnos de nuestra felicidad tiene como recompensa esa misma felicidad**: ¿una extravagancia de nuestra humana naturaleza? Por el momento, un dato de la experiencia.

... y plenitud.

El matrimonio es, ciertamente, uno de los despliegues del amor; quizás el más característico, porque la **atracción sexual** conlleva la **fuerte intuición de falta de plenitud**, muestra que hay **algo más grande que yo**, indica el camino hacia una plenitud que en mí no encuentro.

¿Y cuál es ese camino?

Es, en primer lugar, un **recorrido transversal**, que atraviesa todas las capas de nuestro ser personal.

Suele comenzar, cronológicamente hablando, con la **atracción física**, inicialmente casi exclusivamente corporal (*¡me gusta!*, afirmamos), que se va elevando al nivel de los afectos hasta convertirse en auténtico **enamoramiento**, sintonía de caracteres, descubrimiento mutuo (*¡qué bien se está con ella!*).

Cuánta gente hay que se instala y habita en esta fase, o en la anterior, y acaba **confundiendo persona y sentimiento**, hasta enamorarse no de la persona amada sino de su propio enamoramiento, de sentirse enamorado, y cuando deja de sentir piensa que el amor se ha extinguido y se ve impulsado a sustituir al amado y cambiarlo por otro que le haga sentir lo que ya no experimenta.

“**Cuando la voluntad quiere** lo que el enamoramiento le propone, entonces nace el amor”, afirma José Pedro Manglano.

Porque ¿qué es lo que hace que un varón y una mujer que son novios **se transformen en esposos**? La promesa: el acto de voluntad por el que el varón y la mujer se entregan y aceptan mutuamente en alianza irrevocable para constituir el matrimonio.

Esto es, la entrega y la aceptación mutuas, por las cuales cada uno se da al otro y lo acepta como esposo en el momento de contraer matrimonio, de casarse según la forma que en cada caso sea legítimamente obligatoria. **Sin ese acto de voluntad la entrega corporal es falsa**, porque no es capaz de **manifestar** con las palabras, con la voluntad, lo que expresa con el cuerpo: me entrego a ti por completo.

Nosotros.

En otras palabras, el matrimonio consiste en *el varón y la mujer unidos* por un vínculo jurídico, mediante el cual cada uno está unido al otro por una serie de derechos y deberes nacidos de la entrega de cada uno al otro y su correspondiente aceptación; surge una deuda de amor, hay una justicia enamorada. Surge un “nosotros” que sustituye al “tú y yo” (ideas de Javier Hervada y Javier Escrivá).

Esta comunidad que instaura el matrimonio, este “nosotros” es mucho más que la mera convivencia; no es un estar “junto a”, que puede darse entre dos extraños, ni siquiera un estar “con”, que añadiría al anterior la preocupación por el otro. Podría decirse que estos niveles de “comunidad” se mueven en el terreno de la lógica de los equivalentes, en la justicia del equilibrio (“yo haré esto y tú lo otro”, “yo eso porque tú aquello”); siguen siendo dos que se compensan, dos que colaboran.

No. No es suficiente para definir la comunidad matrimonial. El “nosotros” que funda el compromiso matrimonial se ubica en un terreno mucho más profundo, en el plano de la intimidad. El cónyuge no da al otro lo que le corresponde, ni más de lo que le corresponde ni siquiera más de lo que nunca hubiera podido soñar, porque no es cuestión de cantidades, ni de calidades, sino de entidades, de entes. El “nosotros” matrimonial está formado por todo lo nuestro, porque lo que se pone en común es “todo lo mío y todo lo tuyo”, que en ese mismo momento dejan de serlo y se funden renaciendo como lo nuestro.

Sólo así se puede acoger al otro cuando no puede o no quiere dar. El esposo ama a la esposa (y viceversa), según acertada expresión de Javier Hervada, no como a sí mismo (eso se lo debe a todas las personas), sino “con el amor de sí mismo a sí mismo”, que es mucho más, pues en él se concentran todas las dimensiones del amor hasta el último instante. Y es en esta intimidad donde se revela el uno al otro en toda su verdad, llegando a ser, como afirma Pedro Juan Viladrich, una única unidad de vida y de por vida.

En el “nosotros” sí cabe la perfección mutua, porque cada uno es un bien para el otro, hasta el extremo de que puede afirmarse que los problemas, los conflictos surgen en la misma medida en que el “nosotros” se diluye y degrada en un estar “junto a”, “con” o “frente” al otro.

En eso consiste el matrimonio, mientras que la vida matrimonial –vivir conyugalmente– es la realización de ese compromiso, es decir, consiste en que marido y mujer *se comportan y obran como lo que son*. O dicho de

otro modo, marido y mujer no son matrimonio porque viven como casados, sino que viven así porque son matrimonio. El obrar sigue al ser; de modo que obrar como si se fuera matrimonio sin serlo es una falacia, una apariencia, una trampa.

... y la esperanza.

Sólo el compromiso irrevocable asegura la felicidad posible en este mundo, entre otras razones, porque el compromiso alimenta la esperanza. La felicidad tiene mucho que ver con la esperanza. No puedo ser feliz aunque tenga todo lo que anhelo si sé que lo voy a perder mañana; por el contrario, puedo ser feliz en medio del dolor si tengo la esperanza de lograr mis anhelos. El amor sin promesa es zozobra e incertidumbre: ¿me querrá mañana como hoy? Por eso sólo el amor a Dios, que es esperanza cierta, asegura la felicidad, y el amor a una mujer o a un hombre para siempre se le acerca mucho, pudiendo integrarse en él cuando está, además, inspirado en el amor a Dios e iluminado por Él.

Entonces, ¿de qué amor estamos hablando? ¿Cómo es el amor matrimonial?

4. Íntegro.

Total, mediante la supresión de toda reserva: lo amado es la entera persona del otro y cualquier exclusión, cualquier rechazo o reducción constituyen un ataque a la dignidad de la persona humana, que es una e indivisible (T. Melendo). Un amor parcial, que sólo ama lo que le interesa (su belleza, su juventud), pero rechaza lo que no le atrae (su mal humor, sus arrugas, su vejez)... o un amor, también parcial, que sólo ama con lo que le interesa (el dinero, las cosas, pero no mi persona) o cuando le interesa (en el tiempo sobrante), sencillamente, no es un amor humano en el sentido pleno de la expresión, porque el hombre, uno e indivisible, no puede escindirse y separarse como las cosas. No amaría entonces a la persona del ser amado, sino a mí mismo a través de lo que en él me gusta. Se entenderá entonces la insistencia de los más expertos conocedores del amor humano en que amemos a nuestro cónyuge “con sus defectos”; otra cosa es la utopía. Y adviértase que hablamos de amar “con” sus defectos, no de amar “a” sus defectos.

Y para ser íntegro el amor matrimonial ha de ser capaz de poner en juego todas las facultades y potencias humanas. El amor humano es aquél que pone el corazón al servicio de la voluntad y sabe concitar todas sus tendencias, su sensualidad, sus afectos y dirigirlos al amor.

En este sentido, castidad matrimonial no es la represión del instinto o del afecto por la continencia o ausencia de relaciones sexuales y afectivas, sino ordenar, reconducir, integrar los dinamismos instintivos y afectivos en el amor de la persona, es la virtud que permite asegurar el dominio del propio cuerpo para que sea capaz de expresar la donación personal (“La familia, santuario de la vida y esperanza de la sociedad”, Instrucción pastoral de la Conferencia Episcopal española, 27.04.2001).

Esta condición de la castidad se manifiesta en dos direcciones: una psicológica, interna, de armonización de las tendencias; otra relacional, externa, de orientación de las tendencias. Tan importante es situar a las tendencias instintivas y afectivas en el lugar que les corresponde, no para ahogarlas sino para optimizarlas, como saberlas dirigir a su único destinatario en lo sexuado: nuestro cónyuge.

Y es que a menudo el papel de la voluntad es el de optimizar los sentimientos, es decir, dirigirlos al amor, provocarlos cuando languidecen e invocarlos una y otra vez.

La voluntad ha de apercibirse de esto y no empeñarse en amar sin sentir (tampoco en sentir sin amar, es decir, sin querer, sin voluntad, como hemos dicho al principio), pues en la naturaleza humana (a diferencia de la divina o de la angélica) la voluntad no es capaz de amar de forma cabal, propiamente humana, sin el auxilio de otras potencias inferiores: del sentimiento, de la sensualidad. Es decir, la voluntad humana necesita los sentimientos para ser ella misma. Amar sólo con la voluntad es sobrehumano, no nos corresponde. Amar sólo con el cuerpo es infrahumano. ¿Habrá que recordar las palabras de Benedicto XVI sobre esta íntima trabazón entre el eros y el agapé?

Lo específicamente humano es amar con la voluntad y también con los sentimientos, y la prueba más evidente la encontramos en el amor de los místicos, que, a pesar de dirigirse a un espíritu puro, ha alcanzado las más altas cotas de sensibilidad y ha dado a la poesía sus mejores momentos, los más “sentimentales”, en el sentido hondo de la expresión, porque también ellos amaban con un corazón humano, plagado de afectos y sentimientos.

El sentimiento se convierte, entonces, en lo que en verdad es: no una rémora sino la prolongación de la voluntad.

Y un consejo a los matrimonios, sobre todo a los cristianos: hay que exhibir, con la debida prudencia, la cara amable del amor, su parte afectiva,

a nuestros hijos. Tienen que enamorarse del amor para siempre a través de nuestro ejemplo: nuestra alegría, nuestra unión, nuestros afectos. No hay que tener miedo, al contrario, a manifestar muestras de cariño: las manos unidas, el brazo alrededor del cuello, un beso especial para mamá, un abrazo inesperado (y discreto) en la cocina... Porque si no, llegará el día en que dirán: ¡bah, si en esto consiste el amor para siempre, en broncas, caras serias y aburrimiento, el diario y la tele, yo me apunto a otra cosa!

5. Leal.

Un amor leal tiene dos despliegues esenciales:

Ideas extractadas del libro de Tomás Melendo, “Asegurar el amor”:

La castidad, «afirmación afirmativa».

El principal y más definitivo acto de la virtud de la castidad consiste en fomentar positivamente, con las mil y una finuras que el ingenio enamorado descubre, el amor hacia el otro cónyuge:

- *Dedicar expresamente cada día unos minutos a decidir detalles de cariño y delicadeza para con ella.*
- *Repetir muchas veces al día a su esposa que la quiere y agradecer también en muchos casos la declaración paralela de su esposa.*
- *Sorprender a su pareja con algo que ésta no esperaba y que manifiesta su interés por ella.*
- *Encontrar ratos para estar, conversar y descansar a solas, en las mejores condiciones posibles, venciendo la pereza inercial que en ocasiones pudiera acosarles.*
- *Hacer cuanto esté en nuestras manos para aumentar la atracción, también la estrictamente sexual, a y de nuestro cónyuge (es un acto de virtud —de la virtud de la castidad, en concreto—).*

La castidad, «negación afirmativa».

Consiste en la obligación de evitar todo lo que pudiera enfriar ese amor o ponerlo entre paréntesis. El sentido, por tanto, de esa «negación» es eminentemente positivo: de lo que se trata, también ahora, es de que el amor conyugal crezca y alcance su plenitud.

- *Se relacionará con personas del sexo complementario: compañeras de trabajo, secretarias, alumnas, coincidencias en viajes... y las tratará con delicadeza y deferencia. Pero*

ninguna de ellas debe ser tratada en cuanto mujer —poniendo en juego su condición de varón, que ya no le pertenece—, sino exquisitamente en cuanto persona: todo lo que yo hago con mi mujer justamente por ser mi mujer debo evitarlo a toda costa con cualquier otra: lo que comparto con ella por ser mi esposa no puedo compartirlo con nadie más: (i)estar a solas en una habitación, aislarla en el coche, gozar de su compañía exclusiva desde que inicio un viaje de negocios o unas vacaciones; (ii) contar mis problemas personales y manifestarle los que surgen precisamente en relación con ella...

En este punto es muy fácil ser ingenuos: cualquier otra mujer o cualquier otro varón están en mejores condiciones que los propios para presentar ante nosotros «intermitentemente» su cara amable (...), es muy difícil que una mujer distinta de la propia deje de «comprender» los problemas que sufrimos en nuestro hogar y en nuestro matrimonio y de experimentar una sincera compasión por nosotros.

Pues bien, a mi juicio, el momento que vivimos es muy especialmente la hora de la afirmación afirmativa. Si Ortega y Gasset pudo afirmar que nada inmuniza más sexualmente al varón que el enamoramiento de una determinada mujer, creo que, desde una perspectiva práctica hay que animar a los matrimonios a empeñarse un conquistar y reconquistar a sus cónyuges una y otra vez, amándoles como ellos quieren ser amados. Es decir, remedando a Enrique Rojas, haciendo el amor inteligente, ¡como cuando éramos novios!

Enrique Rojas alerta contra el peligro de abandonar esta faceta del amor: “Hay que estar atento a los “sentimientos ingobernables. Inesperados, que aparecen por sorpresa y pueden conducir a “enamoramientos no deseados”: “uno se deja llevar y más tarde resulta difícil el camino de retorno. Aquí me refiero a muchos enamoramientos de personas ya casadas o comprometidas, que se han introducido en otra relación sentimental, consintiéndola, siendo conscientes de ello, y por vanidad, juego, superficialidad o, simplemente, exploración de las propias posibilidades de conquista llegan a ser incapaces de regentar o controlar la nave emocional. Acaudillar la vida afectiva es una de las manifestaciones más decisivas de la madurez de la conducta de una persona (...) Sabiendo que la fidelidad no se la juega uno a la carta, en un día concreto, sino que está hecha de pequeñas lealtades (...) El hombre poco maduro sentimentalmente depende de los deseos y de la ocasión. El maduro sabe

defenderse de aquello que de pronto asoma en su paisaje afectivo, puesto que se ha empleado en la tarea de acorazar y asegurar el amor escogido y establecido libremente, con el compromiso que éste lleva. En el amor adolescente esto no se hace, pues no está de moda, pero sería bueno cuidarlo (...) No es un transeúnte. No va de paso, asomándose a una y otra persona, buscándose más a sí mismo que al otro. Por eso el amor es comprometido; por eso siempre se experimenta una inevitable pérdida de libertad. Da alas y las quita. Abre una puerta y cierra una ventana. Amar es anunciar, quedarse atrapado por alguien que merece la pena para uno. Pero amar es también renunciar a otras posibilidades y, por supuesto, a uno mismo.” (Enrique Rojas, “El amor inteligente”, varias páginas).

6. Ilimitado.

Podemos partir aquí de la conocida frase de San agustín: *la medida en el amor está en amar sin medida.*

Un primer desarrollo de esta infinitud está en la integridad, a la que ya he hecho referencia, que nos impulsa a amar a toda su persona con exclusión de todas las demás en su condición de mujer o varón.

Pero, como la persona humana es futuriza, proyectiva, dinámica, no estática, hay que amarla también íntegramente en el tiempo. La irrevocabilidad o indisolubilidad es una exigencia del carácter humano y total, íntegro, del amor. Si la amo entera, sin excluir nada, habré de amarla para siempre, porque ella es para siempre. En el fondo, la irrevocabilidad del amor no es más que la fidelidad en clave temporal, la fidelidad cronológica, biográfica. Por eso no caben las pruebas en el amor

Las personas no se prueban, se aceptan tal como son y como serán, en el grado de amor que a cada una corresponde (al cliente como cliente, al amigo como amigo, al esposo como esposo) y punto. Una prueba colocaría a la persona al mismo nivel que un electrodoméstico o que un animal.

Por otro lado, ¿cuándo acaba la prueba? La prueba sin hijos no sirve cuando se tienen; la prueba de los treinta no sirve para los cuarenta, menos aún para los sesenta; la prueba con trabajo no sirve cuando éste falta ni la prueba en la abundancia aprovechará en la penuria; tampoco la prueba en la salud valdrá para a enfermedad. ¡Tendríamos que estar toda la vida probando!, es decir, amando, lo cual nos lleva otra vez al mismo lugar: a la irrevocabilidad del amor.

Y nos queda el otro gran despliegue de la desmesura en que el amor consiste: la fecundidad, que es un rasgo esencial del amor, ¡de todo amor! ¿Alguien es capaz de sostener que la esterilidad sea atributo del amor? ¿Puede un amor construirse sobre un espíritu mezquino, cicatero, avaro, que cuenta antes de dar, o que niega el don, el regalo, la entrega?

El amor es siempre exuberante, fecundo. Se desborda, invita a salir de uno mismo, es rico en detalles, en atenciones, en tiempo, en dedicación, en caricias, en llamadas, en miradas..., y también en hijos.

Lo primero es la fecundidad espiritual, intencional, a la que, de ordinario, seguirá la material (aun en los más nimios detalles: unas flores...) y la biológica, en forma de hijos. Esta fecundidad espiritual encuentra siempre cauces por los que discurrir, y si la naturaleza le niega el despliegue más propio del amor matrimonial, la transmisión de la vida, podrá tomar la forma de hijos adoptivos, o acogidos, o simplemente se volcará en los demás en las mil formas que el amor sabe modelar.

Pero no podemos olvidar que el cauce natural, específico, el más propio, el que distingue al matrimonio de los demás amores humanos es, precisamente, esta posibilidad de transmitir la vida: los hijos.

¿Puede alguien imaginarse a un enamorado que negara toda fecundidad espiritual y carnal, y dijera: “te amaré, pero nunca te miraré, ni te hablaré, ni te tocaré, ni pensaré en ti, serás para mí como un extraño y viviré como si tú no existieras a mi lado”? ¿No es acaso, este amor estéril, sin frutos, un amor que se niega a sí mismo? ¿No es un fraude? ¿No es un amor que... no es amor? ¿Se imagina alguien a una madre hablando así al hijo de sus entrañas?

¿Y un amor matrimonial que negara voluntariamente toda posibilidad de fecundidad biológica, que se cerrara a la transmisión de la vida? También se negaría a sí mismo, renunciaría a la fecundidad que le es más propia, la que no comparte con los demás amores, y dejaría de ser amor matrimonial, porque la negación de las fuentes de la vida mata el amor conyugal, le priva de un rasgo esencial y constitutivo sin el cual no es tal amor.

Desgraciadamente, cuando se trata el tema de la fecundidad, mucha gente se encalla en el ‘problema’ del número. “¿Entonces, protestan, quieres decir que tú amas más que yo porque tienes mas hijos?” Estos no han entendido nada y han de volver a San Agustín para encontrar la respuesta a su protesta: “la medida del amor está en amar sin medida”.

Y amar sin medida es no poner número al amor, ni por arriba ni por abajo. Las personas, los hijos, no son un número ni una fracción, y se piensan uno a uno. Cualquier número en materia de amor es imprudente, y más cuando está en juego la transmisión de la vida. Después de un hijo se piensa el siguiente, y tras éste el que vendrá después, y así sucesivamente. Nadie puede cifrar el amor de nadie en un número, porque nadie vive en la conciencia de otro; hay que ser muy cauto y no juzgar nunca, pero esta verdad no ha de ofuscar el principio. El principio ha de quedar claro: lo propio del amor es la fecundidad, no la esterilidad.

7. Auténtico.

¿Qué es la autenticidad sino vivir y manifestarse como lo que se es?

El matrimonio antes que en obrar consiste en ser... y es matrimonio auténtico el que obra conforme a lo que es: la unión más profunda que puede darse entre dos personas.

El amor auténtico es, como la persona, inteligente, y sabe hacer de sí mismo tarea, misión, futuro, vocación porque, como enseña Armando Segura, el pasado, lo hecho, lo conocido sirve para poco: es punto de partida y, como todo punto de partida, está para dejarlo.

El secreto de la desgracia del ser humano es considerar el punto de partida como punto de llegada y el de su felicidad, considerar el punto de llegada como punto de partida: llegó para partir; no “hemos llegado”, sino “partamos”. No he llegado al matrimonio, no he conquistado el amor matrimonial, sino que hoy, no importa el día que sea, empiezo a realizarlo, a actualizarlo y a proyectarlo de nuevo hacia el futuro.

El ser humano, para ser esencialmente lo que es, vive fundamentalmente de lo que no existe. Lo que existe, lo que conoce, lo que tiene es siempre punto de partida y el hombre que se limita a conservarlo (el conservador por naturaleza) es un desgraciado, pues no tiene tarea. El casado que no hace día a día su futuro, que no hace a su marido, a su mujer, y no se empeña en que sea y sea más, mejor cada día, es un desgraciado, no tiene misión; o se tiene a sí mismo como misión, lo que es más triste todavía.

El hombre sin tarea, sin misión, es el mayor desgraciado del mundo. Es el hombre que sólo se tiene a sí mismo, que no sueña, que no avanza; que sólo se repite. Es el drogadicto, el alcohólico, el adicto al sexo, para quien su tarea es la repetición y su punto de partida es siempre punto de llegada, ya conoce el final, siempre conoce el final al que está irremisiblemente atado.

El sexo, por ejemplo, está ahí, en la naturaleza humana, para ser punto de partida y tender a la constitución de una familia; si sólo se utiliza para disfrutar de él, se infrautiliza y se convierte en punto de llegada, en nada, en pasado, en repetición.

Y aquí sí vendrán las técnicas, los consejos, los modos y las maneras necesarias para lograr una buena comunicación, para hacer efectiva la entrega y lograr una sintonía lo más plena posible; pero antes ha sido necesaria la disposición que hemos intentado explicar, porque si no es fácil engañarse pensando que se es víctima de una mala relación, cuando es nuestra relación la que, de ordinario, es víctima de nuestra mala disposición.

“Amar significa ver a la persona amada tal como Dios la ha pensado”, dijo Dostoyevsky. Y Dios la ha pensado bellísima, pero sólo alcanzará ese grado de perfección “originario” si recibe nuestro amor en grado suficiente para moverle hacia esa meta: ¡te amo para que seas lo que estás llamado a ser!, ¡mi amor te impulsará a las altas cotas que Dios tiene reservadas para ti, lleguen cuando lleguen! Por eso, podemos concluir, remedando a Dostoyevsky, que amar, más que ver, significa llevar a la persona amada hasta donde Dios la ha pensado, porque sólo el que ama puede penetrar en lo más hondo del ser amado y descubrir la grandeza que él mismo ignora y ponerla ante sus ojos impulsándole en pos de ella con al fuerza de su mirada, que es decir con la fuerza de su amor confiado y seguro.

Si hemos buscamos la **FELICIDAD** en el matrimonio, a través de un **AMOR ÍNTEGRO, LEAL, ILIMITADO** y **AUTÉNTICO**, entonces podremos hablar con verdad de **FAMILIA**.